

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

	Pesos
Mea.....	1
Trimestre.....	3 50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Sexto.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y timbre.....	8 pesos

CORRESPONSALES

10 números de EL MOTIN. 2,50

SUMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.

El Motin

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedirlo no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La responsabilidad al Adminis. traductor periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Ferrnandez, Carrera de San Jerónimo, núm. 8, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATASADO

25 céntimos.

EL CRONOMETRO SACRO

Una comisión de orondos párrocos de esta corte se reunió hace días a la puerta de una casa de la plaza de Celenque.

—¿Se engañan ustedes?— les dijo un neor oficinista que por allí pasaba. —¿Saben ustedes donde se van a meter?— ¿Saben quien vive ahí? Pues nada menos que el revolucionario, el impío, el masón, el...

—¡Ah, hermano!— le dijo uno de los reverendos, —¿qué hora es?— ¿qué hora están tocando en las pesetas?— ¿qué hora se mete en sotana, digo, en camisa de once varas?— ¿cada uno sabe lo que se parroquia y con qué vinajeras oficia?

—¿De matro impulsaba a tan santos varones a semejante personaje? El siguiente: Durante la filitica dominación conservadora, se le ocurrió al obispo Sancha aumentar hasta treinta el número de parroquias en Madrid, y, hecho el arreglo, parroquial, se lo comunicó al ministro de Gracia y Justicia.

—No me parece mal lo del aumento,— debió contestarle.— Si por mí fuera, cada madrileño tendría un párroco para su uso particular; pero es el caso que en los presupuestos no hay consignada cantidad alguna para dotar esas nuevas parroquias. Si los encargados de ellas quieren trabajar por amor a Dios y al arte de dirigir conciencias...

Y en efecto, los nuevos párrocos han venido hasta hace poco sosteniéndose de los ingresos parroquiales, sin sueldo del Estado, hasta que Sagasta, el liberalismo Sagasta, ha conseguido que se incluya en los presupuestos la dotación para las treinta parroquias de Madrid.

De ahí la gratitud de los párrocos madrileños; de ahí que, con motivo ó á pretexto de su santo, le hayan regalado á Sancha un magnífico cronómetro de oro; y cómo no, si ha hecho más por ellos que el mismísimo Quijote?

Me figuro, que si la hubiese presenciado, cómo debió ser la entrevista. De fijo llevarían un incensario para fumigar la casa y ahuyentar las miasmas de impiedad y liberalismo que pudieran quedar en ella; tarea fácil, porque deben quedar tan pocos! Después, el más elocuente de los clérigos tomaría la palabra, y diría sobre poco más ó menos:

—Excelentísimo Señor D. Práxedes: Tenemos el honor...

—Conservarla y que dure mucho.

—No es eso. Tenemos el honor de ofrecerle este modesto obsequio: es un reloj que da la hora; ¿qué menos podíamos hacer por quien nos da los cuartos? Dios y las benditas ánimas (que también han contribuido al regalo), saben que hubiéramos deseado ofrecerle cosa de mayor cuantía; pero supla nuestra buena voluntad la insignificancia del obsequio, y conste nuestra eterna gratitud al celoso defensor del clero.

Ahora, esperamos que hará buen uso del cronómetro; él le indicará la hora en que debe rezar las oraciones de la mañana, la en que debe ir á misa, á la novena y demás piadosos ejercicios... ¡Y ojalá que el tiempo, que así emplee santamente, borre todo el que ha pasado conspirando contra el trono y el altar, y llegue un día en que, arrepentido y contrito, regale su morrión de miliciano al arzobispo de Toledo como prueba de que arroja de sí hasta el último resto de su liberalismo. Así sea.

D. Práxedes les daría las gracias, y, menos ven-

—¿Pero que los donantes, no haría alusiones al pasado de alguno de ellos.

Pudiera haber recordado que, si él fué revolucionario y anduvo á salto de barricada, alguno de aquellos clérigos fué carlista militante y anduvo á salto de trinchera. Lo cual no impide que unos y otros se entiendan amigablemente en el terreno de la legalidad existente, aun que el país pague los vidrios rotos.

Una cartera de ministro ó una nómina parroquial aplacan al progresista más levantisco y al cabecilla más furibundo.

OBISPOS Y FRAILES.

III

De lo que vamos diciendo se desprende, que el Papa quisiera una Iglesia muy distinta de la actual, es á saber: muy sabia y tolerante; aunque sin abdicar; muy libre de preocupaciones atavistas, aunque conservadora; muy unida, pues sueña con la anexión de las Iglesias orientales y las mas conservadoras entre las protestantes; muy en armonía con lo posible con los gobiernos seculares, aunque independiente y libre cada uno en su esfera; y muy atractiva y amable, aunque sin descender á bajar á los pueblos.

Quisiera frailes, más no como son los que tiene, y que el clero predominante como le corresponde al gobierno de la jerarquía. Pero es de notar y mucho, que un papa, aunque se llame León, no puede cambiar el estado de las cosas y negar la historia; necesita frailes y no tiene más que los que existen, sin poderlos transformar en cuatro días, y menos abolirlos; los necesita en todas partes como agentes buenos ó malos, y necesita la curia Romana, que en él es hostil en parte, y tampoco puede transformar en dos por tres.

Desde su punto vista no tiene más remedio que valerle de lo que está en su mano, y mandar á los frailes ó no impedir que vengán, ya que nuestros gobiernos son tan poco serios que, teniendo en su favor el Concordato, no lo invocaban para oponerse á esa invasión. El clero, por su parte, la sufre tascando el freno con secreta rabia, pero tampoco se atreve á hacer lo que el Amo no hace porque no puede y hasta se refra precizado á castigar en los clérigos no sin sentirlo allá para su tiara.

He aquí explicada la razón de esa farsa á que asistimos, y que acaso no se verificará si muchos partidos tuvieran en esto un política eclesiástica nacional y por ella se hicieran respetar de Roma.

Pero todo al contrario; vemos que, más aun los liberales que los conservadores, han favorecido aquí la invasión frailuna española, y extranjera, que es aun más perjudicial. Los frailes confían más en Sagasta que en Cánovas, porque saben muy bien que aquél cree hacerse perdonar su liberalismo aguado, permitiéndoles apoderarse de toda nuestra tierra.

En la actualidad crece y crece la ola monástica, por cima de todas las leyes vigentes y de los rudimentos de la prudencia, que aconseja en esto un proteccionismo racional que evite la emigración de nuestro dinero, la perversión de nuestra juventud en manos de gentes falsas de todo sentimiento patrio, declaradamente hostiles á España. y por último, la miseria del clero que ha nacido aquí, y aquí deja lo que puede ganar.

Los obispos no hay duda que podrían contener esta avalancha en sus diócesis, valiéndose, ya de las

leyes civiles, ya de las eclesiásticas, que ponen en sus manos infinitos medios todos lícitos, de frustrar todo establecimiento de congregaciones extranjeras y de sujetar á las desmanes, cuando no de suprimir las españolas que fuesen perjudiciales al clero.

Quiéran de ellos, sin embargo, sería el guapo que, viendo la actitud de Sagasta, de Cánovas y de alguien más elevado todavía, osara invocar el derecho constituido en favor del clero y del pueblo de su jurisdicción?

Poco esforzados en la mayoría, y muy obligados, por deber la mitra á esos dos hombres, y concedores además de lo que aquí va dicho: acerca de la situación del papa, un papa miedo que se muevan. Murres los hay, están quietos porque se figuran que de otro modo crearían divisiones y darían tiempo de morir la unión, como si no supiéramos los españoles cómo anda la Iglesia por dentro. Otros son tan cortos de vista y largos de ambición, que creen asegurarse la benevolencia de León y del gobierno (base el arzobispado y el capelo) secundando esta invasión y no impidiéndola; á otros (los más) les falta valor ó la voluntad para la lucha, y unos por otros la galería extranjera, en triple proporción que la española, nos invade y nos explota que no hay más que pedir.

Nos consta, y asimismo a no pocos de los que siguen este movimiento, que algunos obispos sufren mucho por esta plaga y se lamentan entre sus íntimos, pero ello es que todos callan y los caras gimen en secreto empobrecidos y humillados. Hábleseles de que el liberalismo es causa de su situación, y si tienen confianza con quien esto les diga, contestarán invariablemente: liberales y mucho, eran los gobiernos de Isabel II, y con ellos vivíamos tranquilos, comiendo nuestro pan en pleno goce de la consideración de nuestros reyes, pero entonces no había frailes extranjeros ni porres pediguñías. Los escolapios y los misioneros de Filipinas para nada nos molestaban; pero desde la restauración acá nos han perdido esos miserables hipócritas, que no son mas virtuosos ni más sabios, pero sí mañeros en esto de embaucar á las gentes necias, y quitarnos el pan de la boca validos de que ni obispos ni autoridades civiles nos defienden ni amparan, sino que, como si fueran también extranjeros, se ponen de su parte. ¡Ay de los vencidos!

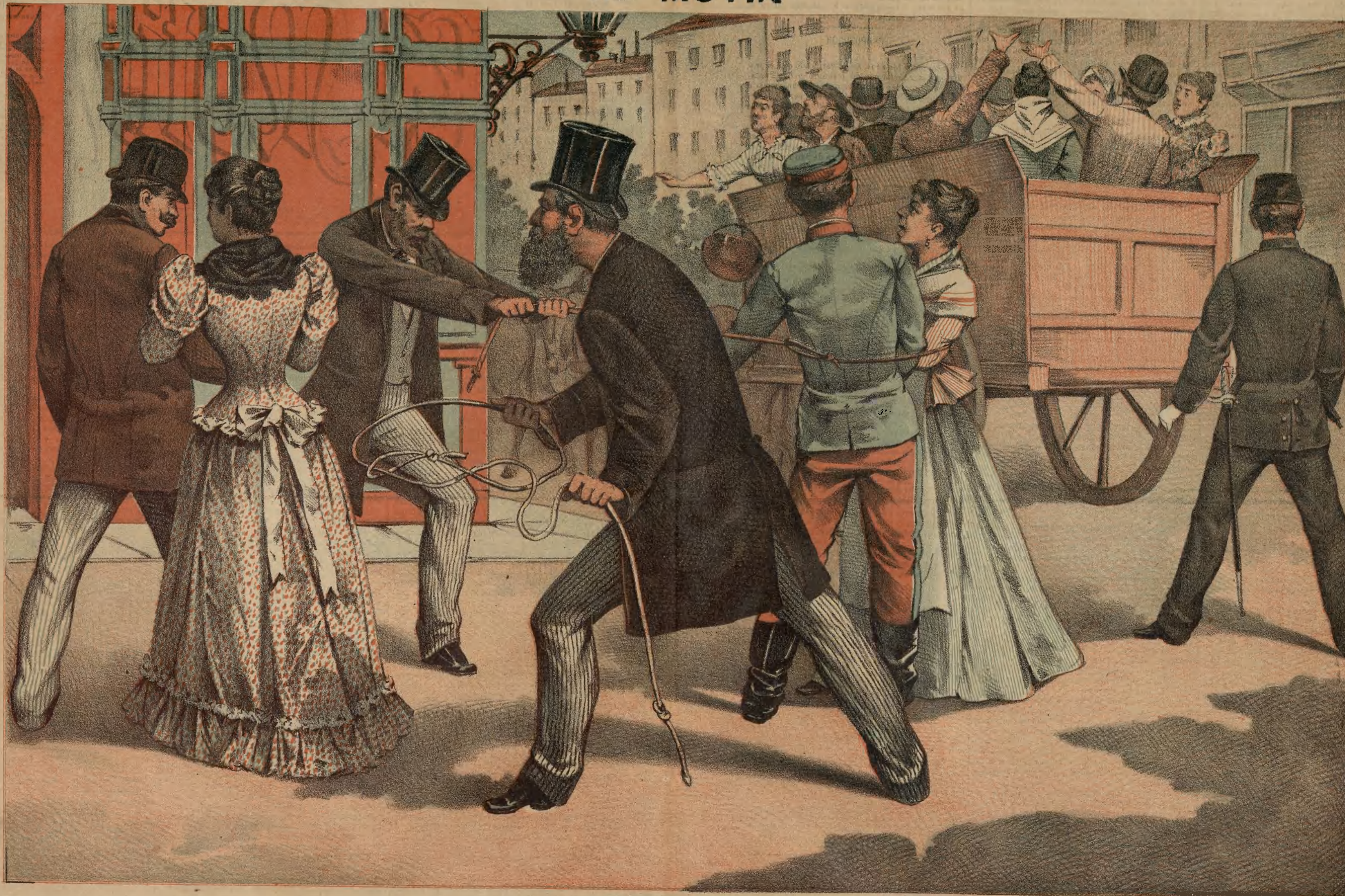
Y qué ganamos todos con esto? Ya lo iremos diciendo.

UN OBISPO FRANCO

El de Jaca publica en el Boletín Eclesiástico de su diócesis y á la cabeza de un decreto episcopal, lo siguiente:

«Inmensa pena inunda nuestro corazón al vernos precisados, aunque sólo sea por la primera vez y Dios haga que sea la última, á esgrimir la espada de la justicia para reprimir la petulancia ó inconsideración de aquellos de nuestros párrocos, pocos por la misericordia de Dios, á quienes no es suficiente, para hacerles cumplir sus sagradas obligaciones y vivir como la santidad de su estado exige, ni nuestras carifiosas advertencias, ni las leyes, ni los consejos ni el mismo terrible tribunal de la conciencia. Ante las faltas por algunos cometidas, conocidas de muchos de nuestros fieles, con escándalo de buenos y malos, no podemos callar, porque nuestro silencio indicaría ó connivencia ó flojedad; y aunque de esta, mientras vaya acompañada de la caridad y dirigida á esperar con paciencia la enmienda de los que faltan, no rehusamos la nota, no podemos ni queremos consentir que se nos pueda acusar de la otra.»

EL MOTIN



Los laceros de la moral (vulgo Padres de familia).

Resulta de lo anteriormente copiado, que el obispo de Jaca ha tenido la franqueza de declarar explícitamente lo que otros muchos obispos comprenden, pero se callan, y que la campaña moralizadora de El Motín, es, no sólo conveniente, sino necesaria para facilitar á los Pastores el gobierno de su turbulenta y pecadora grey.

¡Ay! Nosotros también nos hemos visto, y nos vemos, y nos veremos precisados, con el corazón inundado de pena, á sacar á colación los excesos de algunos clérigos, muchos por desgracia, para quienes nuestros consejos, nuestras cariñosas advertencias y la carabina de Ambrosio, han sido, son y ¡ay! seguirán siendo probablemente una misma cosa.

También, como el obispo de Jaca, nos hemos visto, nos vemos y nos veremos obligados á empuñar, sino la espada de la justicia, el látigo de la moralidad. ¿Qué no habremos hecho, hecho y estamos dispuestos á hacer, por traer á buen camino á tanto presbítero extraviado como anda por esas parroquias de Dios? Únicamente podremos haberlos olvidado algún momento para corregir á los frailes y congregacionistas que lo han menester más que ellos; pero bien sabe Dios que ha sido por acudir al mal mayor y sin olvidarlos nunca por completo.

Ya que el obispo de Jaca ha emprendido esa tarea de regeneración clerical, cuenta con nosotros como decididos auxiliares. Y si alguna vez se atreve á amonestar á alguno de sus compañeros en mitra, que también lo necesitan varios, entonces ¡oh! entonces le ayudaremos con mayor eficacia, para que no puedan decir los curas lo que el chiquillo del cuento: —Oye papá, tú me enseñas a mí a los papás; yo hay quién les riñan.

UN SUEÑO

¡Qué disparates se sueñan á veces! ¡Qué cosas más exageradas, inverosímiles y absurdas cruzan por nuestros cerebros mientras el cuerpo duerme! Pero nótese que generalmente los sueños se relacionan en algo con las ocupaciones habituales del soñador.

Un presbítero sueña que un feligrés generoso le encarga un millón de misas, pagándoselas adelantadas; Cánovas y Carulla, que Apolo los recibe en sus brazos y orna sus sienes con los laureles destinados al genio; los Padres de familia deben soñar que *La Bella Chiquita* se bañe en el *danse du ventre* encima de sus narices. Si hemos de creer al gran latino, hasta los perros soñando ladran á las liebres:

Canes in somnis: lepores vestigia latrat.

En tal supuesto, ¿qué he de soñar yo, pecador de mí, que me pasó la vida pretendiendo moralizar al clero? Pues cosas de curas.

Anoche, sin ir más lejos, soñé lo siguiente:

En una de las parroquias de cierta importantísima población, un templo de sacramentos se paseaba impaciente por su estancia.

Debió ser muy tarde, porque el barrio, muy populoso y bullanguero, algo así como nuestras Peñuelas de Madrid, permanecía en silencio.

El pater, que estaba vestido de pecador, pero en mangas de camisa, se puso una americana y un sombrero hongo, se santiguó ante un cuadro del Corazón de María, y salió á la calle.

Supuse que iba á hacer alguna buena obra, y le seguí... con la imaginación.

Y andando, andando por un solitario paseo, dejamos atrás una enorme fábrica cuyos hornos encendidos despedían grandes llamaradas rojas; después un vasto recinto donde se oía el silbido de la locomotora; después jardines, después, y algo distante, una iglesia cuyas dos torrecillas góticas bañaban los plateados rayos de la luna. Y llegamos, mejor dicho, llegó el cura á un jardincillo circular, en cuyo centro se alzaba un monumento fúnebre y donde había varios cipreses.

—Aquí—me dije—deben dormir el sueño eterno algunos hijos ilustres de esta población ó algunos extraños que se sacrificaron por ella, ó que contribuyeron á su progreso. ¡Oh magnánimo sacerdote, que en la soledad de la noche viene á dedicarles algunos responsos!

Y no paró allí su generosidad. En un banco había dormitando dos chichuelos desharrapados y astrosos. Llegóse á ellos, los despertó cariñosamente, les dirigió afectuosísimas palabras en voz baja, y acabó por dar á cada uno una peseta. ¡Así se practica la caridad, lejos de las miradas del mundo, sin que se entere la mano izquierda de lo que hace la derecha!

Después el sacerdote y los chichuelos se internaron hacia la parte más oscura.

II

Yo no los seguí, pero supuse que entre las som-

bras iba á dirigirles alguna amonestación moral para que abandonasen su vida errante y se dedicasen al trabajo, fuente de bienestar y antidoto contra el vicio.

De repente oigo voces, y á poco aparecen dos guardias conduciendo al ministro del altar. —¿Qué hacía usted ahí?—le preguntaban.—Nada. Condo-

lido de la desnudez en que están esos chicos, en un arranque de caridad me iba á quitar los pantalones para dárselos á uno de ellos.

—Sí, ¿eh? Pues vamos á la delegación, porque estas caridades á media noche... ¡Vamos, andá!

III

Después soñé que encerraron al cura en un cuarto de detenidos; que algunas horas después llegó su ecónomo, y demostró que no hay cánones ni preceptos de disciplina eclesiástica que vedan á un presbítero quitarse los pantalones para socorrer al prójimo; que el detenido fué puesto en libertad y volvió á su parroquia, de donde salió al poco rato para administrar un viático con sus generosas manos.

Después, y con algún intervalo de tiempo, que el inclito presbítero y sus dos protegidos comparecían ante un juzgado municipal cuya sala era muy parecida á la del distrito del Congreso de esta corte, y que el severo representante de Themis condenaba al de Cristo á no sé qué multa. ¡Por hacer una buena obra! ¡Por cumplir el precepto evangélico, «Dejad á los niños que se acerquen á mí!»... ¡Qué absurdo!

En seguida desperté, y para apartar de mí el recuerdo de tan extravagante sueño, me fui á oír misa á la parroquia de las Peñuelas, donde estaba celebrando el dignísimo tercer teniente de sacramentos.

Y lo que son las preocupaciones! ¡Pues no creí encontrar algún parecido entre el celebrante y el presbítero de mi sueño? Era que aun este, (el sueño, no el presbítero) me obsesionaba.

UN PUNTO FILIPINO

Los vecinos de la calle de San Agustín conocen mejor que yo al protagonista de esta historia.

Se llama Juan y trabaja de presbítero en no sé qué iglesia. Lo que sé de positivo es que es un barbián en toda la extensión de la palabra y un punto que vale por todo un alfabeto.

Algunos de ustedes habrán leído en ciertos periódicos un anuncio en que se decía que un pobre sacerdote enfermo solicitaba el auxilio de las almas caritativas.

Pues bien. El sacerdote enfermo era él; pero su dolencia le molestaba tan poco, que podía sufrir á los amas que tenía en su presbiterial domicilio.

Por cierto que entre los tres armaban cada pelotera que cantaba el credo, en las cuales no siempre llevaba la mejor parte mosen Juan. De una de ellas sacó herida la mano de bautizar y cobrar responsos.

Cuando alguna señora caritativa, atraída por los anuncios de la prensa, se presentaba á socorrerle, se movía precipitadamente y vestido en la cama, con sotana y corbata, según le cojía la visita.

Más de una dama sentimental, creyendo, en la oscuridad de la alcoba, que las mangas de la sotana lo eran de la camisa, decía mentalmente:

—¡Pobre señor cural ¡qué desgracia! No se debe mudar más que por bienes ó quinquenios. ¡Qué negra tiene la ropa interior!

Pero en cuanto la visitante se largaba, dejándole dos, tres, cuatro, ó cinco duros como donativo, saltaba del lecho y se ponía á bailar con sus odaliscas místicas, bendiciendo á la Providencia que tanto tanto cría y conserva en este mundo.

Todas las mañanas mandaba en alta voz á una de sus sirvientes que le subiese un panecillo francés para tomar el chocolate antes de ir á sus habituales ocupaciones.

¿Decía misa después? No creo que cometiese tan atroz sacrilegio, por más que haya quien afirme que la decía á las ocho, y que, dado su desahogo, todo pudiera temerse.

Finalmente, tantos y tan repetidos escándalos daba aquella sacra familia, que los demás, veenlos, por unanimidad, dirigieron una exposición al casero para que expulsara al inquilino tonsurado.

Ahora creo que se ha ido á vivir á una calle inmediata á la plaza de Oriente, quiza la del Viento.

No es mal salto, pero, ¿qué vale comparado con los que da por encima de la disciplina eclesiástica, y todas las conveniencias sociales? Pues apesar de eso no harán damas católicas que contribuyan á sostener esa vida de disipación que lleva.

Si se tratase de un padre de familia que no tuviese pan para sus hijos, ya procurarían antes de darle una libreta á son de bombo y platillos (si se la daban), investigar hasta los menores detalles de su vida

privada, sus creencias, su modo de pensar; pero tratándose de un padre de almas, así sea un timador, no necesitan investigaciones. El pabellón cubre la mercancía; la sotana al buscavidas.

PROPOSICION

Como todos los años, se ha verificado este el prodigio de la liquefacción de la sangre de San Pantaleón, que guardan cuidadosamente en un relicario las monjas de la Encarnación de esta corte.

Ya saben ustedes en qué consista el milagro. Las gotas de sangre del santo, que permanecen en estado sólido durante todo el año, empiezan á liquidarse el día anterior á su festividad en el momento que las monjas entonan las vísperas, y, llegando á la kalenda, pronuncian el nombre de San Pantaleón, continuando en estado líquido hasta las siete de la tarde del día siguiente.

En este, como en todos los años, centenares de personas han acudido á presenciarlo y convencerse de que allí no hay trampa ni supercherías. Nosotros creemos lo mismo, sobre todo desde que un capellán de la casa ha asegurado que el contenido de la reliquia ha sido analizado por varios químicos sin que pudieran romper su endurecimiento con ningún reactivo.

La ciencia sancionando los prodigios sobrenaturales! Esto es hermoso, esto nos conmueve, y quién sabe si de ahí surgirá el rayo de fe que ilumine nuestro entendimiento, oscurecido por el error. Tal vez estemos á un paso de la conversión.

No falta más que una pequeña prueba. Grandes santos, como Tomás apostol, exigen alguna garantía en que basar su fe. Nosotros pedimos la siguiente. Que se nos preste esa milagrosa ampolla, esa sangre bendita; la haremos analizar por un químico de nuestra confianza y de justa reputación europea, y si del análisis resulta comprobado el milagro, nuestra conversión franca, pública y solemne será un hecho.

Entonces haremos penitencia, llorando nuestros pasados extravíos; rasgaremos nuestras vestiduras, nos cubriremos de cenizas, iremos de rodillas á la Encarnación, á Roma, á Jerusalén, á cualquier parte; entregaremos al fuego nuestros pecaminosos escritos; emprendemos un activo apostolado para traer al buen camino á todos nuestros amigos y suscriptores, y el que uno de nosotros será el nuevo Pablo, otro Francisco de vier, rivalizando con ellos en celo por la salvación de las almas.

Permítasenos hacer esa insignificante prueba, y volveremos á la vida de la fe, al redil de la Iglesia y ¡quién sabe si llegaremos á conseguir entre los bienaventurados! ¡Oh! ¡facilísimos es el medio de llegar á serlo, si es que se tiene interés en acabar con El Motín; que los domingos llaman á las puertas del cielo pecadores de este calibre.

LA CARICATURA

De la virtud los guardianes,
usando el procedimiento
contra amorosos desvíos,
que este ilustró ayuntamiento
emplea contra los cañes,
piensan, aunque encompetados
son todos y caballeros,
de santo celo impulsados
convirtiéndose en laceros
cazar amantes osados.

BIBLIOGRAFÍA

Nuestro ilustrado compañero en la prensa, D. Juan Rodríguez Rubi, ha publicado una sesocienteloa, en un acto y en verso, en homenaje á Zorrilla.

El último trovador, que así se titula, ha sido premiado por la dirección de Instrucción pública, habiendo adquirido numerosos ejemplares con destino á las bibliotecas populares.

Con el título de *La Casa del Libro* se ha fundado en esta capital una sociedad para fomentar la celebración de actos civiles procurando á sus asociados entiero civil y su apoyo para los demás actos civiles, como matrimonios, inscripciones en el registro civil, etc. Aplaudimos la idea. Para mas informes dirigirse al Centro Federal donde se reciben las adhesiones.

OBRAS NUEVAS

Heva, por Mery, una peseta.

El lirio en el valle, novela por Balzac. 200 páginas, 1,50 pesetas.

Las mujeres todavía, (segunda parte de *Las mujeres*), por Alfonso Karr, una peseta.

Amoury, por Alejandro Dumas (padre), 1,50 pesetas.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.